

Ciclo «El Quijote en Asia»

Andanzas y peripecias de don Quijote en Japón

Norio Shimizu

**Catedrático del Departamento de Estudios Hispánicos y director del Centro
de Estudios Hispánicos de la Universidad de Sofía, Tokio**

Señoras y señores, hasta hace varias semanas jamás me había imaginado que yo iba a tener el honor de hablar delante de tantas personalidades distinguidas del mundo intelectual de España, no siendo yo más que un modesto estudioso de literatura y filología hispánicas. En estos momentos, inevitablemente viene a mi memoria una frase que se encuentra en la comedia calderoniana *Gustos y disgustos son no más que imaginación* en la que un hombre, totalmente perplejo ante una situación inmerecida, dice “que yo valgo más que yo”.

Igual que Sancho Panza, soy muy torpe en cuanto a las palabras protocolarias, pero como dice acertadamente don Quijote, “De la abundancia del corazón habla la lengua”. Permítanme unas palabras para dar testimonio de gratitud a esta prestigiosa Casa Asia que dirige mi admirado don Ion de la Riva, y yo quisiera pedirles a Vds. de antemano paciencia y sobre todo mucha y benévola imaginación respecto de lo que voy a exponer atrevidamente con mi rudimentario español. Evidentemente no he venido hoy aquí para ofrecerles a Vds. mi aportación sino sinceramente he venido para aprender de Vds. con sus comentarios posteriores. Empecemos, pues, ya que “en la tardanza está el peligro” como dice un viejo y sabio refrán castellano.

Se me ha propuesto hablar del *Quijote* y del hispanismo en Japón. Con respecto al *Quijote*, es un tema candente y atractivo teniendo en cuenta que a lo largo de este año se está celebrando el año del *Quijote* en casi todo el mundo. Sabemos que el académico español don Francisco Rico opina que la primera edición del libro no apareció en 1605 sino en la Navidad de 1604 en Valladolid, que en ese momento era sede de la Corte, y que los primeros ejemplares fueron distribuidos entre personajes notables de la misma. Francamente, no sé si se va a comprobar definitivamente la tesis de este docto académico, es decir, si hubiera convenido celebrar el año pasado el año del *Quijote*. Sin embargo, para mí por lo menos, esto no tiene demasiada importancia. Lo importante es que se lea y se profundice el *Quijote* y que el año del *Quijote*, bien sea el año pasado o bien sea el presente, se convierta en el acicate de la lectura y de la cultura.

Sobra decir que el año del *Quijote* tiene un significado muy particular aquí en Barcelona, ya que se menciona directa y expresamente al final de la obra. De hecho, ya hay no pocos estudios monográficos sobre el tema como pueden ser de Francesch Carreras y Candi (1895), Luis G. Manegat, Joaquín Montaner, Manuel de Montoliu, Juan Suñé Benages, etc. y no digamos de Martí de Riquer o el muy reciente estudio con un sólido aparato crítico y bibliográfico de Carme Riera.

Ante una relación tan íntima y fascinante de Cervantes con Barcelona, casi sería más prudente callarme antes que hablar del *Quijote* o Cervantes en Japón. Por supuesto que Cervantes no hace mención a Japón en el *Quijote*, a diferencia por ejemplo de Baltasar Gracián, aunque sí menciona dos veces a “Asia”. Que yo sepa al menos, la mención a Japón en España no aparece casi hasta la segunda mitad del siglo XVI. No incluyo aquí evidentemente al “Cipango” de Marco Polo. Citemos algunas obras del siglo XVI en las cuales se hace mención de alguna manera a Japón.

Antonio de Torquemada: *Jardín de flores curiosas*, 1570.

Cartas que los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, que andan en los Reynos de Japón, 1575.

José de Acosta: *Predicación del Evangelio en las Indias*, 1577.

Del mismo autor, *Historia natural y moral de las Indias*, 1590.

Luis Barahona de Soto: *Las lágrimas de Angélica*, 1586.

Fray Luis de Granada: *Historia de Sor María de la Visitación*, 1588.

Pedro de Ribadeneyra: *Tratado de la tribulación*, 1589.

Luis de la Puente: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, 1589.

Buxeda de Leyva: *Historia del Reyno de Japón*, 1591.

Como pueden ver Vds. claramente, la mayoría son crónicas o libros religiosos. Es lógico, ya que el primer encuentro de Japón con España tuvo lugar el 15 de agosto de 1549 con la llegada al sur de Japón de Francisco Javier y otros dos españoles más. Estos misioneros venían no para difundir el hispanismo o las bellas artes, sino el Evangelio. Por lo cual no es de extrañar que ya en 1592 se publicara una versión japonesa abreviada, magnífica por cierto, de la *Introducción al Símbolo de la Fe* de fray Luis de Granada y luego en 1599 fue publicada otra traducción abreviada de la *Guía de pecadores* del mismo autor.

Así que el hispanismo en Japón tuvo su punto de arranque en la iniciativa de los españoles, y, como les decía, esos españoles viajaron a Japón para iluminar a los japoneses con su “lux veritatis” de Dios. Pero junto con sus actividades apostólicas iban produciendo obras complementarias del hispanismo en Japón.

El hermano jesuita Juan Fernández que vino a Japón con Francisco Javier se dedicó durante 18 años a los trabajos apostólicos y sabemos por las epístolas de otros misioneros que él tenía unas dotes excepcionales para aprender el japonés, y, según Menéndez y Pelayo, Juan Fernández editó un *Dictionarium Japonicum duplex*, cuyo paradero lamentablemente desconocemos.

Y en 1630, en Manila, llega a publicarse un fabuloso *Vocabulario de Iapon declarado primero en portvgves*. Este diccionario monumental contiene unas treinta mil palabras y nos explica hasta los términos budistas e incluso los términos técnicos de la literatura japonesa. La razón por la cual se publicó en Manila es sencilla. Desde finales del siglo XVI, las persecuciones contra el cristianismo en Japón se hacen cada vez más frecuentes hasta la prohibición oficial en el año 1613.

Otro diccionario de importancia es el de Diego Collado, dominico, que pasó tres años en Japón. En 1632 publicó en Roma su *Dictionarium sive Thesauri Iaponicae Compendium* y recientemente, en 1985, vio la luz otro diccionario del mismo misionero *Vocabulario de la lengua japona* también fechado en 1632. De forma casi paralela, con estos diccionarios se van editando, eso sí, de una manera muy lenta, tratados de la gramática japonesa. Y me limito a citar tan sólo una para no marearles a Vds. con datos bibliográficos. El anteriormente citado misionero, Diego Collado, a pesar de su relativamente corta estancia en Japón, redactó otro trabajo lingüístico de primer orden, con su *Ars Grammaticae Iaponicae Linguae*, publicado en 1632. Lo curioso es que en el prólogo de este libro, el autor declara que sigue siempre la clasificación de las partes de la oración, de Antonio de Nebrija y de otros latinistas. Esta gramática japonesa de Collado, escrita en latín, es tan importante que hay a su vez traducción japonesa y sigue siendo una referencia fundamental para los estudios filológicos. Y aquel insigne bibliógrafo granadino Homero Serís, nos da pistas, muy confusas por cierto, de que el citado hermano Juan Fernández había dejado manuscrita una traducción castellana de esta gramática japonesa de Collado. Empecé a buscarla hace unos 20 años visitando conventos de Segovia, Salamanca, Toledo, etc., pero hasta ahora mis pesquisas no me han dado resultado alguno, así que seguiré en la búsqueda.

Desde finales del siglo XVI, como mencioné antes, las persecuciones contra el cristianismo en Japón se hacen cada vez más frecuentes hasta la prohibición oficial en el año 1613, año en el que justamente unos 150 japoneses embarcan hacia México y un grupo de miembros de esta misión pasa por España y logran incluso ser recibidos en audiencia por Pablo V en Roma. Pero cuando regresan estos japoneses, el cristianismo en Japón ya estaba totalmente prohibido. Y más tarde se prohíbe también el comercio entre Japón y España. Recordemos que era el momento de plenitud creadora de Cervantes. La política japonesa del aislamiento con el mundo exterior, comenzada en la primera mitad del siglo XVII, dura hasta la mitad del siglo XIX. Durante este período de algo más de dos siglos, el Japón se quiso recluir frente al exterior hasta que la llegada de cuatro barcos norteamericanos en 1853 hizo irreversible una evolución de apertura al exterior que ya estaba en marcha.

Así se comprende bien que ha de pasar mucho y muchísimo tiempo para ver aparecer en Japón el nombre de Cervantes o *don Quijote* debido a la prohibición oficial del cristianismo, y al aislamiento del país. Se comprenderá también que hay diacrónicamente tres facetas principales con respecto a la cultura hispánica en Japón.

La primera: el encuentro fecundo debido al intento del transplante de la cultura cristiana.

La segunda: la interrupción de 250 o 300 años debido a las persecuciones del cristianismo.

La tercera: el re-encuentro moderno y el interés creciente por superar esa interrupción.

Ahora bien, por muy insólito que les parezca a Vds. cuando se menciona en Japón a don Quijote en estos momentos, lo primero que se nos ocurre no es la obra cumbre cervantina, sino el nombre de una cadena grande de supermercados de tipo "todo a cien". Efectivamente la cadena fundada en 1980 se llama "Don Quijote". El lema de esta empresa es "crear una circulación comercial que no es vencida ni por los sentidos comunes ya consolidados y ni siquiera por las autoridades". Parece que esta cadena de supermercados sigue a galope sus aventuras comerciales sin Rocinante, Dulcinea ni Sancho.

Hay otro fenómeno mucho más llamativo o atractivo, al menos para los que amamos la obra cervantina. El 29 de este mes llega a la representación final del famoso musical *Don Quijote* protagonizado nada menos que por Koshiro Matsumoto, el famosísimo actor del teatro tradicional de Japón, el Kabuki. La primera

representación se remonta a 1969 y está a punto de finalizar, como les decía, el 29 de este mes con sus 1086 representaciones a sus espaldas.

Ahora vamos a centrarnos en la novela *don Quijote* en Japón. La primera referencia por la que se conoce al autor del *Quijote* en Japón se debe a K. Koga (1816-84) en 1867 y este profundo conocedor de la cultura china se interesó de manera particular en la vida azarosa de Cervantes más que en la obra cumbre del autor.

Así, las traducciones japonesas de las obras cervantinas tardan aún más en salir a la luz en el “País del Sol Naciente”, aparte de que las primeras traducciones se realizan, como podrán imaginarse Vds. a través del inglés.

Hacia finales del siglo XIX aparecen tres curiosas traducciones cervantinas. En 1885-86, sale en una revista la traducción japonesa de *El casamiento engañoso*, hecha por un traductor desconocido. Al año siguiente se publica otra traducción de *La fuerza de la sangre*, y en el mismo año, 1887, aparece una refundición de la traducción anterior de *El casamiento engañoso*. En estas tres versiones hay dos puntos que coinciden. Primero, confunden estas *novelas ejemplares* con el *Quijote* y ,segundo, atribuyen estas obras a un “escritor francés” llamado Cervanto. La primera traducción o más bien adaptación japonesa del *Quijote* aparece en el mismo año, 1887. El traductor es Shujiro Watanabe que dirigía la revista en la que apareció dicha versión muy libre y, por supuesto, parcial, de tan sólo los primeros veinte capítulos de la novela, faltando por ejemplo el precioso episodio de Marcela (cap. 12-14).

A esta primera traducción parcial siguieron varias otras, igualmente parciales del *Quijote* a través de traducciones inglesas: 1893, 1901, 1902, 1914, etc. Y por fin en 1915, es decir, justo 300 años después de completarse el *Quijote* se publica la primera traducción japonesa completa en dos volúmenes, hecha por Shimamura y Katakami. En 1927-28 aparece otra traducción completa, también a través de la traducción inglesa, en dos volúmenes, hecha por Morita.

¿Y la traducción directa del español? Hay que esperar hasta 1948, es decir un año más tarde del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes. Hirosada Nagata (1885-1973) publica este año gran parte de la traducción directa del original del *Quijote*, tarea que no puede concluir y que completa su discípulo Masatake Takahashi (1908-84) en 1977. Debido a dicha demora, en 1960-62 se adelanta la primera traducción directa y completa del *Quijote*, que se debe al gran precursor del hispanismo literario de Japón, Yu Aida (1903-71). Esta traducción lleva numerosas ediciones hasta la fecha. Recordemos aquí que la primera traducción íntegra catalana es la del año 1891,

es decir, unos 70 años antes de la traducción japonesa. A este traductor japonés Yu Aida se debe también buena parte de las traducciones de *Novelas ejemplares* y de *Ocho comedias y ocho entremeses*. Muy recientemente ha aparecido una nueva traducción completa del *Quijote* que se debe a Ushijima (1940-2002). Ushijima había traducido también las *Novelas ejemplares*.

Los destacados escritores (no hispanistas) van publicando irregular y esporádicamente ensayos sobre el *Quijote* a veces inspirados y otras veces no inspirados por los ensayistas o estudiosos extranjeros. El primero sobre el *Quijote* se debe al novelista, ensayista y dramaturgo Tsubouchi (1859-1935) quien habla en sus ensayos (1888 y 1908) de la diferencia entre “wit” y “humor” y hace comparación del *Quijote* con una novela japonesa humorística de comienzos del siglo XIX (Jyuppen Shaikku: *Tokaidochu Hizakurige*), y, por otra parte, Uchimura (1861-1930), famoso pensador en el mundo cristiano de Japón, se fija en 1898 en el aspecto trágico del *Quijote*. Es muy interesante observar aquí que en el siglo XIX dos extranjeros, aquel insigne Sismonde de Sismondi, francés, y Uchimura, japonés, coincidan en prestar atención al aspecto trágico del *Quijote* en el mismo siglo XIX. Hemos de recordar las tantas veces citada declaración de Sismondi: “La idea fundamental, la moral de la obra (se refiere al *Quijote*) es, en efecto, profundamente triste”.

Por otra parte, el poeta y traductor Bin Ueda (1874-1916), en un ensayo de 1906, examina los conceptos “cómico, irónico, humorístico, satírico”, etc. y se fija particularmente en el aspecto cómico del *Quijote*. El gran novelista Soseki Natsume (1867-1916) en dos libros de crítica literaria (1907 y 1909, respectivamente) habla del *Quijote* con cierta extensión, interpretándolo más bien como “funny book” si se usa la expresión de Russell (*MLR*, LXIV, 1969). Se sabe, por cierto, que este novelista, cuyas obras están traducidas al español, compró en 1901 en Londres la traducción inglesa del *Quijote*.

Los dos críticos literarios más destacados del siglo XX tampoco han pasado por alto el *Quijote*. Hideo Kobayashi (+1983) compara Cervantes en varias ocasiones con Dostoievski, mientras que Mitsuo Nakamura (+1988) hace unas profundas consideraciones en 1943 sobre el puesto que ocupa el *Quijote* en la novela moderna europea. Es interesante que este crítico y gran conocedor de la literatura francesa escribiese sobre el *Quijote* al regresar de su prolongada estancia en Francia, cuando todo el mundo esperaba que escribiera algo sobre la literatura francesa.

El premio Nóbel Kenzaburo Oe, con una formación humanística extraordinaria, realiza un penetrante análisis en dos libros sobre la novelística en 1978 y 1988,

respectivamente, y la parte más importante fue traducida al español por mí en el número extraordinario del periódico *ABC* (No. 155, 1994) dedicado a Oe. Dice, entre otras cosas, este importante e intelectual novelista en el Japón actual:

“Don Quijote muere sin salir de nuevo en busca de aventuras. Nosotros, los lectores, descubrimos la dignidad de la persona incapaz de dudar, en el conjunto total de su vida y pensamiento a través de la superposición de la cordura de Don Quijote en su muerte y la vida dentro de su propia locura. Además, la dignidad de esa persona solamente se ha podido expresar por medio de artificios de expresiones literarias en múltiples estratos de carcajadas y de locura. Y nosotros, supuestamente, hemos comprobado que es un artificio que mueve hoy nuestras imaginaciones tras sobrepasar las épocas.”

Evidentemente no faltan escritores destacados que hacen referencia al *Quijote*, o tratan de él con cierta extensión. Nos limitaremos a citar sólo a algunos de los más representativos: Toson Shimazaki (+1943) en su novela *Vida nueva*; Naoya Shiga (+1971) en su novela *Caminando entre tinieblas*; Sakutarō Hagiwara (+1941), aparte de sus ensayos, escribe un poema en el que hace referencia al *Quijote*; y el gran Yukio Mishima (+1970) en su novela *Confesiones de una máscara* (novela traducida al español), entre otros muchos autores.

Ahora bien, las aportaciones de los hispanistas japoneses son posteriores a las traducciones directas del español. Es decir, no aparecen estudios cervantinos en forma de monografías hasta la segunda mitad del siglo pasado. El mismo primer traductor del *Quijote*, Yu Aida, publica en 1970 una biografía cervantina con numerosas ilustraciones. En 1979 sale un libro titulado *Cervantes, precursor de la novela moderna*, cuyas ilustraciones proceden de un libro publicado en Italia, pero cuyo texto fue íntegramente escrito por un servidor. En 1988 tuvo lugar un acontecimiento de capital importancia para los posteriores estudios cervantinos en mi Universidad de Sofía de Tokio. Se trata de la celebración de un simposio *Cervantes y el Quijote* con tres invitados especiales que fueron Edward C. Riley, Juan B. Avallé-Arce y Alberto Sánchez.

Otro traductor más reciente del *Quijote*, Ushijima, publica en 1989 *Contra-Quijote* –en busca del método cervantino– y en el año de su fallecimiento, 2002, se publica otra breve obra suya titulada *Viaje de don Quijote*. En 1990 sale *Época del Quijote –leer el Siglo de Oro español–*, escrito por quien les habla. Creí y sigo

creyendo que el *Quijote* no se puede comprender leyendo únicamente el *Quijote* u otras obras cervantinas, así que traté, dentro de mi limitadísima capacidad, de describir la época cervantina según fuentes literarias del Siglo de Oro español. Me acuerdo de haber manejado para este libro más de cuatro mil fichas recogidas a lo largo de mis lecturas de textos literarios e históricos. En 1995 aparece un estudio original y denso titulado *Ben Jonson y Cervantes* de Yamada (versión inglesa en 2000).

Hasta aquí he presentado de manera muy resumida las publicaciones de los hispanistas japoneses y nos hemos limitado a las monografías, sin incluir artículos o trabajos más o menos monográficos, por ser demasiado numerosos. Y con motivo del año del *Quijote*, en Japón se publicó el mes pasado un libro colectivo sobre el *Quijote* al que yo mismo he hecho una modesta contribución. Y tengo entendido que se va a publicar pronto en japonés una especie de enciclopedia o diccionario para leer el *Quijote*.

Aparte del *Quijote* las *Novelas ejemplares* y algunas obras teatrales, hoy podemos leer en japonés *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1980), *La Galatea* y el *Viaje del Parnaso* (ambos en 1999) e incluso el *Don Quijote* de Avellaneda (1999). Y que yo sepa, todavía hay dos traductores más que están traduciendo ahora el *Quijote*.

Otro punto importante para la evaluación del *Quijote* en Japón son las traducciones de libros relacionados con la gran novela. La traducción pionera en ese sentido puede ser la del famoso discurso de Turgueniev “Hamlet y don Quijote”, traducida en 1897. Sin embargo, hay que reconocer que esta traducción es un hecho aislado y es a partir de los años 60 del siglo XX cuando empiezan a aparecer traducciones japonesas realmente importantes. Veamos algunas: en 1968 y 69 aparecen sucesivamente dos versiones distintas de las *Meditaciones del Quijote* de Ortega y Gasset; en 1972 sale la *Vida de don Quijote y Sancho* de Unamuno; al año siguiente *L’ancien et le nouveau* y en 1975 *Roman des origines et origines du roman*, ambos de Marthe Robert; en 1982 *Cervantes o la crítica de la lectura* de Carlos Fuentes; en 1988 *Don Quichotte –Étude et analyse* de Paul Hazard; en 1992 *Lecturs a Don Quixote* de Vladimir Nabokov y *Guía del lector del Quijote* de Salvador de Madariaga; en 1996 *Cervantes* de P.E Russell, en 2000 *Cervantes* de Jean Canavaggio, y el año pasado, *El pensamiento de Cervantes* de Américo Castro, etc.

Esto quizá pueda causarles a Vds. la impresión de que los estudios cervantinos en Japón están en el auge de su desarrollo. Pero no es así. Hay que reconocer con toda sinceridad y humildad que las publicaciones de los hispanistas japoneses hoy por hoy, tienden más o menos a “seguir los pasos de los consagrados investigadores

extranjeros”. En este sentido, nos atreveríamos a afirmar que hay, al fin y al cabo, muchas “refundiciones”, eso sí, con no pocas excepciones dignas. Incluso se podría pensar que se trata de un paso necesario e inevitable hacia un cervantismo o un hispanismo real y originalmente consolidado.

Ahora bien, como punto de referencia y eje de los estudios hispánicos, veamos el ejemplo del aprendizaje del español en Japón. La enseñanza de la lengua castellana en una institución oficial en Japón se remonta hasta 1897. Desde entonces, el interés por la cultura hispánica no ha dejado de crecer. En 1955 se fundó la *Sociedad Japonesa de Filología Hispánica*, con unos 40 miembros. Y esta organización, debido a ramificaciones de especialistas, planteó el cambio de su nombre, convirtiéndose en 1975 en la *Asociación Japonesa de Hispanistas*, pasando por la *Sociedad Japonesa de Estudios Hispánicos*. Ahora contamos con cerca de cuatrocientos miembros aproximadamente; es decir, diez veces más en casi cincuenta años.

Recordemos, sin embargo, que J. C. J. Metford afirmaba contundentemente: “En las Islas Británicas el estudio de la lengua, la historia y la literatura está ya sólidamente establecido como disciplina académica”. Esto lo declaraba Metford en 1950, es decir cinco años antes de la fundación de la actual *Asociación Japonesa de Hispanistas* y doce años antes de la publicación de la primera traducción directa y completa al japonés del *Quijote*. No sólo eso: pensemos, por ejemplo, que Miguel Romera Navarro escribía un denso libro, ya en 1917, sobre el hispanismo norteamericano y Miguel Artigas y R. Palmieri hacían más o menos lo mismo en 1923 referente a Alemania e Italia respectivamente. No somos pesimistas pero sí tenemos que ser realistas con miras al futuro. Desde el punto de vista puramente matemático, necesitaríamos todavía más de medio siglo para hacer serias reflexiones retrospectivas.

Ahora bien, si es cierto, como dice acertadamente Francisco Rico, que “la literatura se escribe menos en la página que en la tradición y sólo en los márgenes de la tradición adquiere sentido cabal”, hay que reconocer que en Japón no se comparte suficientemente esa tradición ni siquiera entre los hispanistas y no digamos entre los lectores en general. Hay traducciones relativamente recientes en japonés como el *Cantar de Mio Cid*, *El Conde Lucanor*, *La Celestina*, Torres Naharro, Garcilaso de la Vega, Quevedo, Calderón de la Barca o una monumental colección de la traducción de cronistas; y un largo etc. Pero todavía hay muchas e insondables lagunas. Y esto podría ser una de las causas que están dificultando la profundización en el *Quijote*, por muy universal que sea la obra. Podemos señalar otro fenómeno lamentable: como he

mencionado, aunque hay traducciones de *La Galatea*, *Persiles*, *las novelas ejemplares*, etc., las facetas cervantinas del dramaturgo o del poeta, son prácticamente desconocidas en Japón.

Pensemos en el problema de la difusión o la divulgación del *Quijote* entre los lectores en general. Una muy reciente estadística nos muestra que una tercera parte de los japoneses no leen libros y otra estadística dice que el 29 % de los españoles mayores de 15 años no leen nunca... o sea que estamos prácticamente en empate. Siendo así, ¿cómo van a leer un libro tan denso y largo como el *Quijote*? Inevitablemente, esto nos hace recordar aquella famosa y tantas veces citada conferencia, después impresa en el año 1916, de Rodríguez Marín “¿Se lee mucho a Cervantes?”. El título no puede ser más sintomático. La única vía factible sería que los hispanistas japoneses fuéramos descubriendo y difundiendo los valores realmente universales de la obra con unos esfuerzos casi quijotescos.

Ahora bien, es ineludible, para mí como extranjero, tocar un tema tremendamente complicado. Debo confesarles a Vds. una cosa con toda sinceridad. Se habla mucho de la llamada “universalidad” o “valores universales” de una obra artística. Que si Cervantes es un novelista universal o que si Borges es un poeta o cuentista universal, etc. Pues, ¡qué duda cabe! Sin embargo, al volver a pensar en la semántica de este término tan sugestivo, atractivo e incluso ambicioso, nos metemos en un laberinto bastante complicado. El contemporáneo de Cervantes, Sebastián de Covarrubias en su famoso *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) define la palabra “universal”, como “lo que es común y comprende a todos”. Según el *Diccionario* de la Academia, lo universal significa “que comprende, o es común a todos en su especie, sin excepción de ninguno. (...) que pertenece o se extiende a todo el mundo, a todos los países, a todos los tiempos”. Pues bien, ¿estamos realmente seguros de la existencia de un escritor o artista de tal envergadura como dice la Academia? Aunque no quisiera, yo al menos debería poner un pequeño signo de interrogación. Ya decía el romanista alemán Karl Vossler, “en todas partes nos amenazan la falsa especialización y la falsa universalidad.”

La belleza es, según dicen, algo universal. ¿Estamos realmente seguros de ello? ¿Las mujeres consideradas bellas en el siglo XV lo son también en el siglo XXI? ¿Las mujeres consideradas bellas en Japón lo son verdaderamente en España también y viceversa? Pues, hasta cierto punto... pero de ese punto en adelante yo no sabría decirlo con contundencia.

Me acuerdo que un día estuve charlando con don Fernando Lázaro Carreter sobre este concepto de la universalidad. Él tampoco estaba seguro de este concepto. Yo le puse un ejemplo que quizá les pueda interesar a Vds. como anécdota. Cuando se habla de la belleza femenina, en la sociedad japonesa tradicional, de antaño al menos, se daba importancia a la belleza de la nuca lisa. Por eso en las imágenes de “geishas” se muestra al descubierto la nuca. Es una manera de coquetería en las apariencias femeninas del Japón de antaño.

En cambio, si un japonés medio lee el pasaje de *La Celestina* en el que Calisto hace la descripción pormenorizada de su amada y bellísima Melibea, no podría contener la risa, por no decir la carcajada. Es cierto que Calisto construye el retrato de Melibea siguiendo paso a paso los viejos ejercicios de la retórica latina, que fueron heredados a su vez por las literaturas vulgares, pero ahora no entramos en esa discusión.

Sin encontrar una definición realmente satisfactoria de lo que es universal, palabra usada en español desde el albor del Renacimiento, tengo una intuición: en las manifestaciones artísticas, lo universal no existe a priori como algo ya pre-establecido, sino que es algo a lo que se aspira consciente o inconscientemente por nuestra parte.

El mes pasado se publicó un trabajo mío de cierta extensión sobre lo que podría significar para un japonés esto de leer el *Quijote*. Por supuesto que tuve que escribirlo con la intención de animar o invitar a los estudiantes universitarios a la lectura del Quijote, aunque sea en la traducción. Naturalmente lo escribí recordando la experiencia de mi primera lectura de esta obra cervantina.

Desde luego, la lectura del *Quijote* no nos es fácil, por muy amena que sea la obra. Hay que reconocerlo, puesto que, por ejemplo, no compartimos histórica y culturalmente un semejante trasfondo de la época cervantina, y no digamos el trasfondo lingüístico. Este punto es muy grave teniendo en cuenta que el *Quijote* es, ni más ni menos, la obra del arte del lenguaje, como diría aquel destacado hispanista Helmut Hatzfeld.

Sin embargo, al menos yo personalmente no considero la mencionada dificultad como una “desventaja” (entre comillas) o como algo totalmente negativo para los japoneses o para otros extranjeros. Al contrario, yo quisiera evaluarlo incluso como una posibilidad positiva. Voy a intentar explicarles a Vds. brevemente el por qué. Si comprender satisfactoriamente la literatura implica, como diría Francisco Rico, haberse paseado por muchas veredas no literarias, los japoneses, desde luego, no hemos paseado por esas veredas literarias o no literarias hispánicas como nos hubiera

gustado. Ante esta situación de “desventaja” (siempre entre comillas), los lectores concienzudos se ven incitados casi instintivamente a recorrer o pasear por esas veredas, agudizando la sensibilidad imaginativa y ampliando así la capacidad receptora. Lo importante es añadir un nuevo continente irreal, como diría Ortega, al continente ya existente de los japoneses y que ese nuevo continente sea asequible de alguna manera a los lectores mediante la convergencia artístico-cultural.

He aquí precisamente la razón o el motivo por los cuales leemos la literatura extranjera. En este sentido, no sería una exageración si yo dijera que un lector extranjero se convierte, aunque sea inconscientemente, en comparatista. Y en este acto de leer la literatura extranjera, a veces, se requieren unos esfuerzos duros. No importa: las verdaderas obras maestras nos incitan a esos esfuerzos que cumplimos con gozo y sacrificio. Y, ¿por qué no quedamos abatidos de ese sacrificio ante tantas dificultades? Sencillamente porque, a mi modesto juicio y experiencia personal, las verdaderas obras maestras son capaces de emocionarnos profundamente antes de ser, digamos, justamente comprendidas. De manera que, mientras que los nativos disfrutaban tranquilamente la lectura del *Quijote* es posible que un lector japonés como yo vaya siguiendo, consciente o inconscientemente, dos caminos al mismo tiempo: la lectura propiamente dicha y la ampliación o agudización de la sensibilidad anteriormente mencionadas o incluso enriquecimiento progresivo de la percepción.

Un pedagogo chileno dijo hace ya muchos años, “¿que libro mejor que éste (*Quijote*) para dar a las generaciones una educación finísima en el Ideal, en la Virtud, en el Bien, y en la Justicia, que deben ser los fines de toda buena educación?”. Estoy de acuerdo y no estoy de acuerdo con esta afirmación. Podemos sacar miles de consejos y moralejas del *Quijote*, y efectivamente no faltan antologías de ese tipo. Pero no hay que olvidar que el *Quijote* es, más que nada, una obra literaria y artística cuya base es el gozo estético en un sentido muy amplio.

Si la meta final de la obra cumbre de Cervantes fuese la educación en un sentido estricto, el *Quijote* tendría que ser, a mi juicio, más disciplinario. Un texto original, sobre todo de las obras artísticas, no es de ninguna manera sólido. Una escritura original, sin ser traducida a otro idioma, puede proporcionar múltiples valoraciones o evaluaciones justificables entre los lectores nativos. Con toda la razón del mundo decía el destacado hispanista Bruce Wardropper, que “los grandes poetas cultivan la ambigüedad” y esto es justamente lo que pasa con el *Quijote*. Hay ambigüedad, digamos, creadora.

Estamos acostumbrados a que se nos diga “en el arte no hay fronteras”. Pero habría que reconocer que sí las hay a veces, y así precisamente es doblemente interesante. Si nos emocionásemos con la lectura de obras extranjeras, exactamente de la misma manera que con la lectura de obras japonesas, yo, al menos, optaría por la lectura de la literatura japonesa. Si leemos la literatura extranjera, es porque intuimos poder aprender o gozar algo de lo que adolece, sin ser defecto, nuestra propia literatura y que sirva para nuestra formación.

En las ciencias físicas o experimentales, es probable que la llamada “universalidad” venga dada a priori tanto para un japonés como para un europeo, latinoamericano, africano, etc. En cambio, como decíamos antes, en las obras de arte, esa universalidad no viene dada al objeto, sino que nosotros, muchas veces insegura o subjetivamente, vamos buscando la llamada universalidad. En otros términos, incluso me arriesgaría a decir que tratamos de aceptar los valores internos de una obra y sacar de ahí la energía potencial que pueda llevar en sus entrañas dicha obra. En este sentido, se trata del acto de establecer valores y con razón decía Ortega, “la lectura se completa completando su lectura” o “la obra es obra gracias al lector”.

Podemos ver en las obras maestras y clásicas como el *Quijote* el planteamiento de los problemas esenciales válidos no sólo para el pasado, sino también para el presente y el futuro, al contrario de lo que sucede en muchas de las obras recientes de las que se dice que analizan de manera aguda la situación humana pero que no van a poder soportar el peso del futuro. Una obra clásica no tiene como objeto que celebremos su longevidad sino que es algo que sacude, casi invariablemente, la sensibilidad y la inteligencia tanto del pasado como del presente y del porvenir y, por tanto, tenemos que seguir contando con ella. Don Pedro Laín Entralgo decía, con todo acierto, hablando de Darwin, “un clásico es, un autor cuya obra no nos deja dormir tranquilos”. Así el *Quijote* sigue inquietándonos en el pleno y buen sentido de la palabra.

Por supuesto, no deben interpretar Vds. que lo que acabo de exponer atrevidamente procede de mi postura, digamos, elitista. Nada más lejos de mi intención. La grandeza del *Quijote* es precisamente su amplitud multidimensional. Recuerden que yo había mencionado antes la ambigüedad creadora. El *Quijote* permite múltiples lecturas justificables: desde los adolescentes, casi niños, hasta los investigadores ya consumados pueden gozar plenamente de su lectura. Así se trata, quizá, de la única obra, fácil y difícil al mismo tiempo, que sigue siendo leída con asiduidad a pesar de su extensión realmente voluminosa.

Sabemos que la crítica literaria actual que se fija más bien en el aspecto serio o trágico del *Quijote* viene, grosso modo, de la época romántica del siglo XIX. Habíamos citado antes por ejemplo a Sismonde de Sismondi y ya no hace falta citar aquí a otros conocidísimos escritores románticos que abordaron en esa línea. Sin embargo, tenemos que darnos cuenta de que es precisamente esta época en la que empezó a insistirse también en la unidad de la literatura, más allá de las diferencias y nacionales, como lo señalan Alejandro Cioranescu o Claudio Guillén, es decir, se pensó que “por debajo de las formas accidentales de la cultura debía de existir una unidad fundamental, espontánea, y no condicionada por contactos, por intercambios o por casos peculiares de influencia o de imitación”.

Resulta así que somos más o menos herederos inconscientes de los románticos tanto en la mencionada interpretación “seria” del *Quijote* como en la creencia de la llamada “universalidad” de las obras de arte. Antes discutí con cierto detenimiento sobre este concepto y lo maticé. Muy recientemente tuve el placer de leer un denso libro de mi admirado colega y gran poeta Claudio Guillén. Él dice muy acertadamente en su libro *Entre lo uno y lo diverso*, que se trata “más bien una hipótesis de trabajo, menesterosa de comprobación y análisis, y de un acervo de saberes muy superior al que hoy poseemos”.

Ya el tiempo nos amenaza con sus implacables ganas.

A partir, sobre todo, de la segunda mitad del siglo pasado, vivimos en una sociedad de informaciones o de informática. Todos los medios de la comunicación nos posibilitan u obligan a estar casi simultáneamente al corriente de cualquier acontecimiento estemos donde estemos. Así, solemos compartir directa e indirectamente las mismas experiencias. Esto nos recuerda un pasaje del *Quijote* en el que se nos dice, hablando de la Edad de Oro, “entonces los que en la Edad de Oro vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes.” (I-11) Nosotros que vivimos en la Edad de Hierro, paradójicamente estamos teniendo unas experiencias comparables con las de la Edad de Oro de la que habla Hesíodo. Insisto en que, nos guste o no nos guste, el último avance tecnológico está influyendo radicalmente en el desarrollo de los estudios tanto estrictamente científicos como humanísticos. Los estudios cervantinos tampoco pueden estar ajenos a esta corriente y, de hecho, están apareciendo unas cosechas muy meritorias con la ayuda de esta última herramienta.

Así, paradójicamente, la mayoría de los cervantistas o hispanistas estamos destinados a acudir al último avance tecnológico para profundizar más en la figura de

don Quijote que es el máximo exponente del anacronismo. Hay aquí un curioso paralelismo: don Quijote que vive anacrónicamente el pasado de la caballería y los investigadores de hoy que miran la figura de don Quijote con la ayuda del último avance tecnológico. Al mismo tiempo hay un punto fundamental y común entre ambas aproximaciones: el profundo y sincero respeto hacia la vida del hombre que es realmente algo “universal”, del que hemos discutido antes.

Si es así, Don Quijote de la Mancha, que es una figura tan española, no es de ninguna manera una figura privativa o exclusiva de España, y todo lo contrario, cualquier ser humano de cualquier nacionalidad o de cualquier cultura se siente inevitable y forzosamente atraído por esa gran figura que es Don Quijote. El viaje o las aventuras de don Quijote acaban gloriosamente con su muerte, pero los lectores o los seguidores, académicos o no académicos, los españoles o los extranjeros, los japoneses seguiremos las llamadas de Cervantes y de nuestra vocación acordándonos de aquella frase de San Agustín en su Doctrina Cristiana: “Quod ergo minimun, est minimun est, sed in minimo fidelem esse, magnum est.” (Lo mínimo, ciertamente, es mínimo, pero ser fiel en lo mínimo es algo muy grande.)

Muchas gracias por su atención.